



Mayo [2023]

Nuestro equipo

Directora: María Monserrat Llairó

Editores:

Mauro Sartori

Natalia Bocca

Consejo editor:

Julián Leone

Miguel Gutiérrez

Laura Fernández Schwanek

Consejo asesor internacional:

Daniel Stigliano (Universidad Schollas Ocurrentes)

Efthimia Pavlakis (Universidad Kapodistriaka de Atenas)

Francisco Javier Jover (Universidad de Castilla La Mancha)

David Ding (Centro Universitario de Finanzas y Economía de Beijing)

Secretaría de Redacción: Valeria Novais

Diseño: Mariana Zakelj

Coordinación de reseñas: Andrea Pico

ISSN N° en curso

1 *“Coyuntura nacional: Informe inflación Abril”*

Autor: Centro RA – Fce UBA

[Pág 4]

2 *“Lula, Mauro Vieira y la recomposición de las relaciones de Brasil con la región”*

Autor: Aldira Guimarães Duarte y Carlos Federico Domínguez Avila

[Pág 6]

3 *“Hacia la construcción de una epopeya educativa”*

Autor: Emiliano Yacobitti

[Pág 9]

4 *“América Latina: Algunas reflexiones sobre la realidad de la región”*

Autora: Dra. María de Monserrat Llairó

[Pág 11]

5 *“Reseña bibliográfica”*

Autor: Walter Oscar Flores

[Pág 16]



Presentación

Pulso Latinoamericano pretende ser una publicación digital donde se incluyan los hechos más destacados de la región latinoamericana y su relación con el mundo. Se editará bimestralmente por el Centro de Investigaciones de Estudios Latinoamericanos para la Integración y Desarrollo (CEINLADI) de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Pulso Latinoamericano tiene como objetivo difundir y abordar temas de carácter coyuntural que impacten en el acontecer cotidiano de la realidad latinoamericana. Esta propuesta está abierta a todos los científicos sociales que quieran ser parte de la iniciativa, que pretende ser un ámbito de planteos y debates sobre el contexto político, económico, social y cultural de la actualidad latinoamericana en su inserción en el contexto global.

La idea de la edición de esta publicación fue elaborada con el objetivo de generar un espacio de información del acontecer regional y, al mismo tiempo, anunciar las novedades editoriales que aborden temas relevantes de la realidad de América Latina.

La recepción de propuestas de publicación se encuentra abierta a toda la comunidad.

Normas editoriales:

Se encuentra abierta la recepción de propuestas de trabajos para los siguientes números; las recibimos por correo: latinoamericanopulso@gmail.com

Las normas editoriales son: 10.000 a 12.000 caracteres, Times New Roman 12, interlineado 1,5. Reseñas 3000 a 5000 caracteres Times New Roman 12, interlineado 1,5.

1 “Coyuntura nacional: Informe inflación Abril”

Centro RA
<https://centrorra.economicas.uba.ar/informe-inflacion-abril/>



La inflación de abril fue del 8.4% mensual, superando incluso el dato de marzo (7.7%), y marcando un nuevo récord desde el fin de la hiperinflación en 1992. En tanto, la inflación anual fue del 108.8%, manteniéndose en los tres dígitos por tercer mes consecutivo. Aun así, el aumento del promedio de los precios no da una imagen clara de qué productos aumentaron más o menos que este número, y cuáles son los más representativos del consumo del día a día.

El rubro con el mayor aumento fue restaurantes y hoteles, subiendo un 126.6% anual, aunque también presentó subas en el mismo rango los rubros de indumentaria y calzado (120.7% anual). En cambio, el rubro con el menor aumento anual fue comunicaciones, que creció un 81% respecto al mismo mes de 2022, y se observaron aumentos menos pronunciados en transporte (93.5%), salud (97.2%), y educación (98.5%). Nótese que los rubros mencionados con menor grado de aumento comparten la particularidad de pertenecer a la canasta de productos Regulados, cuyos aumentos son pactados por el gobierno.

En mayor detalle, el subrubro con mayor incremento fue verduras, con subas del 185.3% respecto al año anterior, compartiendo escalafón con frutas (180.8%), tratándose de ambos productos catalogados como Estacionales. Mientras tanto, la menor suba se dio en servicios de telecomunicaciones (77.5% anual), con números en el mismo rango en combustibles (79.2%) y alquileres (80.6%).

Mirando productos específicos, el máximo aumento fue en el kilo de naranjas, que creció un 502.4% contra el mismo mes del año pasado. Otros aumentos elevados se observaron en el kilo de batata (412.5%), lechuga (297.8%), tomate (261.6%), papa (253.1%), y zapallo (190.4%), además del paquete de un kilo de azúcar (223.1%). Nótese que, en línea con la tendencia de los últimos meses, los productos citados que lideran las mayores subas pertenecen a la categoría de los Alimentos (rubro que en abril se incrementó un 115% respecto a un año atrás, 6 puntos por encima de la inflación general).

Asimismo, se observaron aumentos significativamente por encima de la media en frutas, gaseosas, bebidas alcohólicas, infusiones, y huevos. En tanto, los lácteos, las carnes blancas, los productos de higiene personal, y los panificados crecieron levemente por encima de la inflación promedio. Las carnes y el pan, por último, se mantuvieron algo por debajo.

Los servicios crecieron relativamente menos que los bienes (103% contra 110.9%), con heterogeneidad dentro del segmento: el servicio con el mayor aumento fue restaurantes y comidas fuera del hogar (123% anual), mientras que los menores aumentos se dieron en comunicaciones. En tanto, aumentaron en magnitudes intermedias los precios de prepagas (98.3% anual), recreación (91.4%), y alquileres (80.6%). Si bien aún no se conocen los valores correspondientes a la canasta básica de abril, esta se compone esencialmente de alimentos, en especial frutas, verduras, y lácteos, además de carnes, dulces, y harinas. En vista a los aumentos antes descritos, y considerando la tendencia de los últimos meses, resulta probable que el costo de vida para los sectores de menores ingresos haya aumentado tanto o más que la inflación.

En síntesis, el mal dato de inflación de abril se encuadra en una dinámica inflacionaria que por quinto mes consecutivo se acelera. En este caso, posiblemente la suba abrupta del dólar paralelo haya tenido cierto grado de incidencia en el dato. Tratándose de una economía descoordinada y plagada de incertidumbre, estas oscilaciones en el tipo de cambio libre se filtran en la formación de precios. Asimismo, la persistencia de la inflación (y su aceleración) estimula la indexación del sistema, por lo que un precio clave puede arrastrar a una buena porción del resto. Esto se torna esencial, ya que gran parte de la crisis inflacionaria que transita Argentina se fundamenta en las expectativas del público, cuya raíz yace en el alto grado de desorden macroeconómico vigente, lo que se cristaliza en una brecha cambiaria del 100%.

Cuadro 1: Los dos tipos de alimentos que más aumentaron en el último año.

Tipo de alimento	Aumento interanual (abril 2022-abril 2023)
Verduras	185.3%
Frutas	180,8%

Fuente: Centro RA FCE-UBA en base a datos del INDEC

Producto	Aumento interanual (abril 2022-abril 2023)
Kg. de naranjas	502,4%
Kg. de batatas	412,5%
Kg. de lechuga	297,8%
Kg. de tomates	261.6%
Kg. de papa	253,1%

Fuente: Centro RA FCE-UBA en base a datos del INDEC

2 | “Lula, Mauro Vieira y la recomposición de las relaciones de Brasil con la región latinoamericana y caribeña”

Aldira Guimarães Duarte[1] y Carlos Federico Domínguez Avila[2]

La imagen que proyecta un líder, incluyendo su vestimenta, es un activo sumamente importante para los políticos. Ya sea con el traje formal masculino (Occidental), la túnica maoísta, el thobe árabe o el kurta indio, a lo largo de la historia los líderes políticos han vestido ciertas prendas con el propósito implícito o explícito de construir y transmitir una imagen trascendente. Lo mismo sucede con la guayabera, como se conoce a un tipo de camisa muy popular utilizada en la cuenca del Gran Caribe y proximidades, desde la Florida en Estados Unidos hasta el norte de Bolivia, y desde el Pacífico mexicano y ecuatoriano hasta las Canarias (España).

La guayabera es utilizada en encuentros políticos y sociales de alto nivel, principalmente en regiones tropicales. La misma se ha incorporado a la estética de numerosos líderes latinoamericanos y caribeños de las más diversas orientaciones políticas e ideológicas, inclusive liberales, progresistas o conservadores. Asimismo, al utilizarla en eventos internacionales de alto nivel, los líderes y diplomáticos intentan transmitir una identidad particular. En términos académicos, todo lo anterior tiene vinculaciones con el concepto del poder blando o *soft power*.

Si bien la guayabera no es una prenda utilizada comúnmente en Brasil, no cabe duda de que dicha prenda forma parte del vestuario del presidente Luiz Inácio Lula da Silva. Ocurre que, al menos desde la década del 1990 y hasta la reciente campaña electoral, bien como en el inicio de su tercera gestión, el veterano político brasileño ha utilizado de forma notoria su extensa colección de guayaberas.

En retrospectiva, las guayaberas de Lula proyectan una imagen de liderazgo consistente, creíble, cordial y diferenciado. Pero, además, la utilización de una prenda de vestir inequívocamente latinoamericana transmite el compromiso personal, político-partidista y civilizatorio del tercer gobierno de Lula con el conjunto de países del continente.

En contraste con lo observado durante la administración de Jair Bolsonaro, es bastante probable que el mandatario brasileño, con el apoyo del canciller Mauro Vieira, avance hacia una completa revisión de la política latinoamericana del gobierno de Brasilia. Ello parece ser más que necesario, en virtud de la clara depreciación de las relaciones del gigante sudamericano con la mayoría de sus vecinos observada en el último quinquenio, sea en términos bilaterales y multilaterales, o en tópicos sectoriales de la agenda regional; especialmente en asuntos tales como: democracia, derechos humanos, integración económica, medio ambiente, cooperación internacional para el desarrollo, seguridad internacional y cuestiones estratégicas contemporáneas.

La abrupta retirada brasileña de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños-Celac, en 2019, es uno de los ejemplos más evidentes de la política llevada a cabo por Bolsonaro. La participación del gobierno de Brasilia también fue escasa en otros foros político-diplomáticos, económicos, ambientales o culturales de alto nivel, como la Unión de Naciones Sudamericanas, la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa, el Mercado Común del Sur, la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica o la Comunidad Iberoamericana.

Por lo tanto, los principales escenarios prospectivos disponibles sugieren que, a partir de enero de 2023, Lula y su gobierno trabajarán en favor de una renovada re inserción del Brasil en las relaciones internacionales de América Latina. No cabe duda de que tal recomposición de las relaciones bilaterales, multilaterales o sectoriales de Brasil con sus vecinos será positiva, constructiva y propositiva. Este propósito es tarea inmediata del canciller Mauro Vieira y específicamente de la Secretaría de América Latina y el Caribe, encabezada por la embajadora Gisela Maria Figueiredo Padovan. No está demás agregar que ambos diplomáticos gozan de larga trayectoria y experiencia en lo concerniente a las relaciones intrarregionales, principalmente con países del cono Sur, andinos, amazónicos, caribeños, centroamericanos y México.

Aunque muy eficiente en la defensa de sus intereses nacionales, el líder petista ha demostrado, desde hace más de cuatro décadas, un profundo aprecio, conocimiento e interlocución con líderes políticos, sociales, económicos y culturales oriundos de casi todos los países vecinos. He aquí la parábola de ‘vestir la guayabera’, en el sentido de formular e implementar una política externa para la región latinoamericana y caribeña mucho más pragmática, republicana y consecuente. Sin olvidar que ello es un mandato constitucional para las autoridades brasileñas.

A juzgar por las primeras reacciones de los líderes políticos de los países vecinos ante la victoria electoral de Lula, la interlocución con la mayoría de los gobiernos –incluidos los Estados Unidos y Canadá– será fluida y coherente.

Ello es aún más oportuno teniendo en cuenta que la agenda hemisférica y global vigente presenta muchos asuntos que podrían ser beneficiados de un reposicionamiento político-diplomático brasileño. Desde cuestiones de promoción de la democracia, climáticas y de seguridad alimentaria, pasando por la difícil situación político-social de Haití, Venezuela, Cuba y Nicaragua, hasta los desdoblamientos regionales provocados por la guerra entre Rusia y Ucrania.

Otros temas donde el rol de Brasil sería fundamental son los que tienen que ver con cuestiones de seguridad internacional, integración económica –incluyendo el acuerdo de asociación entre el Mercosur y la Unión Europea–, las relaciones con actores extrarregionales (China, India, Turquía, África del Sur), flujos migratorios y refugiados, así como cuestiones socioculturales y consulares.

Llevando en consideración lo observado durante el primer trimestre de 2023 en lo concerniente a la recomposición de las relaciones entre Brasil y el conjunto de la región latinoamericana y caribeña es pertinente, por ejemplo, destacar la numerosa presencia de delegaciones procedentes de países vecinos a los actos de sucesión presidencial en Brasilia. En efecto, el día 1º de enero de 2023, 10 presidentes, 3 vicepresidentes, un primer ministro, una primera dama y al menos cuatro cancilleres oriundos de naciones vecinas prestigiaron el magno evento. Esa considerable presencia de dignatarios procedentes de países próximos sugiere que existe predisposición para avanzar en la interlocución y en el diálogo de alto nivel, tanto en términos bilaterales como multilaterales.

Aún en enero, el presidente brasileño visitó a sus homólogos de Argentina (Alberto Fernández) y de Uruguay (Luis Alberto Lacalle Pou), para abordar asuntos de interés común, incluso en el ámbito del Mercosur. Conviene destacar que, durante la visita a Buenos Aires, el mandatario brasileño también participó en una importante cumbre de Jefes de Estado y Gobierno de la Comunidad de los Estados Latinoamericanos y Caribeños-Celac, esto es, del máximo mecanismo de consulta y concertación político-diplomática del continente. Consecuentemente, desde una perspectiva macrorregional, la renovada participación brasileña en la Celac es noticia de gran relevancia y trascendencia.

Asimismo, una importante innovación en la formulación e implementación de la política brasileña hacia la región es lo tocante a la (re)creación en el organograma del Itamaraty de la denominada Secretaría de América Latina y Caribe, encabezada, como mencionado, por la embajadora Gisela Maria Figueiredo Padovan. Vale hacer notar que tal decisión interna en la cancillería brasileña conlleva implicaciones y desdoblamientos altamente significativos para la gestión del presidente Lula y del ministro Mauro Vieira. Sucede que durante muchos años predominó como directriz de inserción internacional en los corredores del referido ministerio el entendimiento de que el Brasil debería privilegiar su identidad específicamente sudamericana. Ello acabó generando convergencias y divergencias con países vecinos, bien como muchas tensiones geopolíticas intrarregionales con ciertos gobiernos latinoamericanos, principalmente con México, con naciones centroamericanas y con países caribeños.

Por tanto, una gradual reevaluación y revalorización de la identidad latinoamericana del Brasil dentro del organograma de la propia cancillería no puede si no ser celebrada y conmemorada como un avance altamente revelador y potencialmente virtuoso.

En suma, más allá de lo meramente estético, de la identidad política o de la imagen que el futuro mandatario brasileño pretenda continuar transmitiendo a través de su colección de guayaberas, parece incuestionable que Lula y su gobierno procurarán avanzar hacia un reencuentro con sus vecinos latinoamericanos. En tal sentido, ‘vestir la guayabera’ no deja de implicar un compromiso renovado orientado hacia la construcción de un futuro común y de un orden internacional de pueblos libres. Con ese mismo propósito, el trabajo del canciller Mauro Vieira y de la embajadora Gisela Maria Figueiredo Padovan, bien como el esfuerzo convergente de los interlocutores en otras capitales del continente, serán igualmente necesarios para construir ese espacio de paz, democracia y desarrollo que casi todos anhelamos.

[1] Docente e investigadora de la Universidad de Brasilia.

[2] Investigador de posdoctorado en la Universidad del Estado de Río de Janeiro, con beca de la Faperj.

3 | Hacia la reconstrucción de una epopeya educativa

Emiliano Yacobitti (*)

El 10 de diciembre de 1983, Raúl Alfonsín asumió la Presidencia de la Nación. En todos los países del Cono Sur gobernaban dictaduras o civiles títeres de las fuerzas armadas. En la Argentina habían pasado 31 años desde que un gobierno civil pudo terminar su mandato. Y de los últimos 50 años, en 32 había sido gobernada por militares. Habíamos normalizado las interrupciones institucionales y vivir sin Estado de derecho. Por eso, desde el primer día, Alfonsín marcó simbólicamente que llegaba para abrir una brecha en la historia. Quiso asumir el Día Internacional de los Derechos Humanos y dio su discurso inaugural desde el Cabildo, dando vuelta la Plaza de Mayo.

Visto en perspectiva, logró su objetivo primario. Tenemos el período ininterrumpido de democracia más largo de nuestra trayectoria como nación independiente. Además, es la primera vez que la sociedad abraza mayoritariamente los valores y las prácticas del régimen poliárquico. Ni en los peores momentos de crisis económica o política la violencia o la ruptura del orden constitucional aparecen como opciones. En 1983 la sociedad estaba golpeada por la feroz represión ilegal que había dejado miles de víctimas y por terribles condiciones económico-sociales, como el aumento de la pauperización de los sectores populares y el daño profundo del tejido productivo. En este marco, el nuevo gobierno puso a la educación como uno de sus ejes principales.

Al igual que en muchas otras áreas, apostó a una fórmula consensual para diseñar políticas públicas novedosas. El primer año de mandato convocó a un Congreso Pedagógico Nacional, en donde todos los sectores de la educación pública y privada se encontraron para debatir en cada rincón del país qué cambios necesitaba la educación argentina. En paralelo, creó el Plan Nacional de Alfabetización. El presidente recalcó que la tarea era imperiosa: más del 6 % de la población no sabía leer ni escribir y en nueve provincias este problema asolaba a más del 10 % de los adultos. También, en diálogo con los anhelos de los claustros, decidió la normalización de todas las universidades nacionales. En una reivindicación de la tradición reformista, se convocó a elecciones en todos los claustros, respetando los estatutos, y se suprimieron los aranceles y los exámenes de ingreso con cupo. Además, se les reconoció la antigüedad a quienes eran profesores antes del golpe de Estado y habían tenido que exiliarse, y se convocó a nuevos concursos docentes de antecedentes y oposición para tener en las aulas a los mejores especialistas de cada campo de conocimiento. El resultado positivo no se hizo esperar. Para 1984 ya se había recuperado la matrícula previa al golpe de 1976 y en pocos años se llegó a duplicarla. En los años posteriores, la educación básica atravesó varias crisis producto de decisiones que no surgieron de ámbitos de debate, sino que fueron la aplicación de fórmulas técnicas mal entendidas y sobre las cuales no se tuvo en cuenta la complejidad y heterogeneidad de las realidades provinciales ni locales. La provincialización de los colegios secundarios profundizó un camino iniciado por la última dictadura militar, que había hecho lo propio con las escuelas primarias. La descentralización provocó lo que sus detractores habían advertido que iba a suceder.

(*) Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires, presidente del consejo estratégico del Centro de Estudios para la Recuperación Argentina (FCE-UBA), diputado nacional por la UCR.

Las escuelas de los distritos con más recursos cuentan con docentes mejores pagos y mejor infraestructura, mientras que las provincias más castigadas socialmente sufren además de peores condiciones escolares. En las últimas décadas, el financiamiento educativo fue motivo de múltiples marchas y contramarchas, y aunque se avanzó con una Ley de Financiamiento Educativo que promueve que el presupuesto total del área debe llegar al 6 % del producto bruto interno, esta meta no se cumplió. El balance de estos cuarenta años de educación básica tiene un sabor agri dulce. Primero, porque el sistema educativo sufre las consecuencias de la fragmentación del tejido social. El incremento de la desocupación, la subocupación y el trabajo informal degradaron las condiciones de vida de los sectores populares y la clase media. Por ello, los colegios reciben muchas más demandas extraescolares que las que están preparados para resolver. En segundo lugar, porque para muchos jóvenes la educación no es un vehículo de mejora personal y colectiva. No los interpela ni les genera estímulos y, por tanto, muchas veces la viven como una carga más de una vida sin horizonte de futuro. El tercer factor –que cobró más relevancia en la última década– es la incidencia de las nuevas tecnologías de la información. Su uso intensivo por parte de los nativos digitales les abre un universo de posibilidades, pero muchas veces dificulta las condiciones cognitivas del proceso educativo.

El acostumbamiento a los estímulos permanentes fomenta la ansiedad e impide la concentración y la reflexividad necesarias para el aprendizaje escolar. En un país donde la mayoría de los niños y niñas habitan hogares pobres, la escuela sobrevive, y muchas veces termina reproduciendo las pautas de desigualdad. Por eso tenemos que reconquistar la épica de la restauración democrática, enfocándonos en las transformaciones que necesita el sistema educativo.

Tenemos que recuperar la educación pública para cortar la reproducción de la desigualdad y la desesperanza. Hoy, en vez de tener ese loable objetivo sarmientino de la igualdad ciudadana, comenzó a funcionar como un instrumento de contención social para los más desprotegidos y desamparados de nuestra sociedad. Además, la educación pública de calidad puede ayudar a revitalizar la vida pública argentina, a mejorar la democracia. Para nosotros, tiene que ser el proyecto colectivo de las próximas décadas. La educación como proyecto colectivo termina con los enfrentamientos y lo peor de nuestro presente. Primero, porque nos reconcilia con un pasado en común que nos une y del que todos nos podemos sentir orgullosos. La sociedad que igualaba y generaba movilidad social ascendente tenía a la educación como una de sus principales herramientas. Sus símbolos –el guardapolvo blanco, la Reforma Universitaria, la masificación de la educación– son reivindicados por todos, de todos los colores políticos. Segundo, porque nos saca del presente de pura confrontación y nos obliga a estar juntos. Todos dicen estar preocupados por la educación. Es hora de ver que ese supuesto consenso se traduzca en políticas públicas tangibles y que la sociedad pueda juzgar ese compromiso. Y tercero, porque nos provee de una épica de futuro. Un lugar hacia donde caminar juntos. Nos señala la posibilidad de ser una sociedad más justa, con menos sufrimiento y donde los jóvenes quieran quedarse porque saben que si se esfuerzan pueden estar mejor. En el mundo ya está demostrado que para superar la transmisión intergeneracional de la pobreza se debe empezar por igualar en términos educativos. Si los hijos de los sectores populares saben que nunca podrán mejorar sus condiciones económicas y sociales, estamos condenados a tener una sociedad injusta y violenta. Raúl Alfonsín, nuestro prócer contemporáneo, logró lo que parecía imposible: nos legó la democracia y el consenso cívico sobre ella. Hoy no tenemos más su liderazgo, pero podemos tomar su ejemplo. Tenemos que convocar a todos los sectores, poner como un objetivo común la recuperación de la educación y saber que solo lo podremos hacer si lo hacemos entre todos. El destino de varias generaciones de argentinos y argentinas se juega en ello.

4 | América Latina: Algunas reflexiones sobre la realidad de la región

Dra. María de Monserrat Llairoi (*)

Si al siglo XX se lo caracterizó por las dos guerras mundiales, al siglo XXI se lo identificó por una cantidad de situaciones en que se experimentó la vulnerabilidad de la seguridad internacional. Entre ellos, podemos mencionar el atentado a las Torres Gemelas el 11S, acaecido en los Estados Unidos de Norteamérica, la crisis económica mundial de 2008-2009, la pandemia de COVID-19, la invasión de la Federación Rusa a la República de Ucrania en 2022, y la crisis político-militar de Sudán en 2023. Estos sucesos forman parte de la difícil realidad de las tres primeras décadas del siglo XXI.

Es indudable que, en este marco de situación, habría que preguntarse qué se entiende hoy por hoy, por el término seguridad. El grado de incertidumbre y conflicto la seguridad en sí misma, toma nuevas dimensiones conceptuales y si bien no hay respuestas claras ante un presente signado por crisis, conflictos, violencia, pobreza, epidemias, pandemias, desastres naturales y recesiones económicas, se puede decir que la seguridad como tal tiene una dimensión transversal y ecléctica. Por lo tanto, dar una correcta definición exacta no sería conveniente dadas las dimensiones que esta palabra ha adquirido en este delicado contexto mundial. Se podría decir que seguridad es todo aquello que no reviste peligro y es confiable, abarca todas las necesidades existenciales para el desarrollo humano, por ello se considera transversal y ecléctico.

En este complejo e incierto contexto internacional carente de seguridad, Latinoamérica no está ajena a los avatares que se plantean en el resto del mundo, pero antes de aproximarnos a la situación político-económica de América Latina, se considera necesario realizar un breve esbozo del triángulo del poder económico-político de fines del siglo XX y de las tres primeras décadas del siglo XXI, que son los Estados Unidos, Rusia y China.

Una vez finalizada la Guerra Fría, en diciembre de 1991, el mundo ingresó en un nuevo rediseño de la política internacional. La desintegración geopolítica de la URSS, la hegemonía estadounidense y el surgimiento de China permitió avizorar un nuevo esquema del poder político-económico del siglo XXI. A pesar de que los Estados Unidos quisieron imponer su hegemonía político-económica, el mundo giró hacia una concepción multipolar en las relaciones globales. Este cambio en la coyuntura internacional le permitió a China realizar un acercamiento hacia América Latina y otras regiones subdesarrolladas, a los efectos de insertarse, a través de sus inversiones, en los sectores de infraestructura y tecnología. La crisis del 2008 marcó una desconfianza internacional en el sistema financiero y bancario de occidente; pero a pesar de la difícil situación, las economías Latinoamericanas llegaron a la crisis con mayor fortaleza que en décadas anteriores, debido al menor endeudamiento público externo y al elevado nivel de reservas internacionales” (Ocampo, 2009; pag.9).

Si bien la crisis impactó en China debido a la caída del comercio mundial y financiero, hay que tomar en cuenta que el sistema financiero chino está poco conectado con el internacional, circunstancia que le permitió resistir mucho mejor las consecuencias de cualquier crisis financiera. A partir de la crisis financiera 2008-2009, los gobiernos y empresarios de la región latinoamericana fueron receptivos en aumentar sus lazos comerciales con China, como mercado y fuente importante de préstamos, inversiones y oportunidades de negocios. Desde el punto de vista de la lógica económica el vínculo entre China y América Latina fue y es, en el intercambio de bienes con un alto valor agregado por parte del país asiático, por materias primas (petróleo, alimentos y minerales) provenientes de Latinoamérica. Dicho de otra manera, se trata de un intercambio entre trabajo y la renta del suelo

Cambiando de escenario, la rivalidad comercial entre China y los Estados Unidos es un importante factor de riesgo para las perspectivas expansionistas económicas de China, no solo para Latinoamérica, sino también en cuanto a los acuerdos firmados con la Unión Europea y otras regiones. Hasta 2022, el temor era que tanto Estados Unidos como China no llegaran a un acuerdo comercial y se desencadenara una guerra comercial entre estas dos potencias económicas. Sin embargo, el eje de la preocupación internacional cambió de curso con la invasión de Rusia a Ucrania (en febrero de 2022). Esta conflagración generó nuevos alineamientos políticos y económicos tanto con los países más desarrollados como con los que están en vías de desarrollo. Las relaciones de poder hicieron que la trilogía del poder global se dividiese entre Estados Unidos y Europa que apoyan la soberanía de Ucrania, mientras que China, sin que se haya declarado abiertamente, mantiene una tendencia pro-rusa.

Esta guerra generó en el mundo un desequilibrio energético y alimentario. Para América Latina, el impacto del conflicto bélico es más complejo debido a los desequilibrios endógenos existentes en la región (deuda externa y vaivenes políticos). Superar los efectos políticos, económicos y sociales de la postpandemia (2021-2022) no es una tarea fácil, debido a que esta situación está agravada por el conflicto con Ucrania. El futuro de la región es bastante incierto, considerando la desaceleración en el crecimiento económico, que conlleva al agravamiento de la crisis alimentaria y un incremento de la pobreza.

De acuerdo con un informe de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) del año 2020, la caída del PBI fue de un 5,3% y el aumento del desempleo del 3,4%. Bajo este marco de situación, se produjo un incremento de la pobreza, la marginalidad y la desigualdad social. Para junio de 2022, la CEPAL publicó en un comunicado de prensa que la región latinoamericana experimentaría una desaceleración económica y una mayor inflación, y que, conjuntamente con la lenta recuperación de los mercados laborales, en la región se comprobaría un aumento de la pobreza, la marginalidad y la inseguridad alimentaria. No cabe duda de que la invasión de la Federación Rusa a Ucrania produjo una desaceleración en el crecimiento económico global y que en algunos países de Latinoamérica enfrentaron una crisis alimentaria. Por otra parte, con el aumento de los precios de alimentos y la energía, conjuntamente con la reducción del crecimiento mundial, el aumento de la inflación y el posible efecto contagio en los mercados financieros; los países de América Latina y el Caribe, a través de los bloques regionales, deberían pergeñar una estrategia comercial conjunta con una visión de futuro.

El conflicto bélico entre Rusia y Ucrania marca la necesidad de una nueva configuración de la globalización, que permitirá cambios en temas de política, seguridad, alimentos y energía, entre otros. Estos cambios necesitarán también de otras estrategias en las relaciones internacionales, como, por ejemplo, un nuevo vínculo y destrezas novedosas entre los Estados Unidos y la Unión Europea, como así también el rol de China en la implementación de la ruta de la seda, con una mayor especificidad de sus objetivos y resultados. Dado el contexto global, la fragmentación político-económica latinoamericana implicará un retraso en cualquier tipo de negociación. Se debería gestionar políticamente a través de la articulación regional o de los bloques regionales para dar las respuestas necesarias a los problemas de la crisis planteada por el conflicto bélico. La actual conflagración ha acentuado la tendencia a una mayor regionalización del comercio y de la producción, que se observa desde hace algunos años en el ámbito internacional. América latina no puede quedarse fuera de esta tendencia, mediante la cual los países buscan una mayor autonomía estratégica en el abastecimiento de productos e insumos claves. La coyuntura constituye, pues, una nueva oportunidad para dinamizar el proyecto de la integración regional, poniendo en el centro la generación de cadenas productivas intrarregionales que reduzcan la excesiva dependencia de proveedores de fuera de la región (CEPAL; junio 2022).

Confirmando los anteriores comentarios, el BID dice: “La invasión de Rusia a Ucrania representa un choque significativo para la economía mundial, que se produce al tiempo que la región de América Latina y el Caribe aún se está recuperando de la pandemia. Puede desacelerar el crecimiento y provocar una crisis de seguridad alimentaria en algunos países de la región.

Si bien se espera que el impacto directo en el comercio sea limitado, las consecuencias indirectas probablemente sean muy relevantes, aunque heterogéneas entre los países” (BID; junio, 2022).

En síntesis, aún sin haber finalizado la guerra de Ucrania, las consecuencias para América Latina son complejas e inciertas, lógicamente a cada país le impactará de diferente manera, pero se puede decir que se advierte el incremento de la inflación y, con ello, un detrimento en el crecimiento económico y, por ende, el aumento de la pobreza y el desempleo. Bajo este panorama, intensificar la integración regional puede incentivar la formación de cadenas productivas intrarregionales que puedan reducir la dependencia del sector externo. Es una deuda pendiente.

5 | RESEÑA BIBLIOGRÁFICA **El destape. la cultura sexual en la Argentina después de la dictadura**

De Natalia Milanesio

Reseña por Walter Oscar Flores

Natalia Milanesio encara en este libro una tarea hercúlea: la aproximación a una época en la que, al compás de la democratización política, la sociedad argentina vivió un proceso de transformación: *El destape*, un momento de liberación de la sexualidad que había sido reprimida de forma contundente –sobre todo – durante los años '70, y que impregnó fuertemente a las expresiones de la cultura de masas. Es posible encuadrar a esta obra en la trayectoria intelectual de la autora en la medida que explora – del mismo modo que en su anterior texto publicado *Cuando los trabajadores salieron de compras...* (Siglo XXI, 2014) – no solamente la producción de sentidos desde los medios y/o la publicidad sino también los contextos de producción y circulación de todos esos mensajes, las recepciones y también las acciones de los distintos actores intervinientes en el proceso, como parte de su intervención (es decir, de su agencia como sujetos) en la construcción del fenómeno cultural analizado.

El libro busca desentrañar el fenómeno sociocultural del *destape*. Sus fundamentos, alcances, potencialidades y limitaciones, a la vez que sus conexiones con otras esferas de la vida en la sociedad argentina –en otras palabras, con el contexto histórico más amplio- de los años '80. La autora lo caracteriza como “una transformación vasta que se manifestó en los medios y la cultura popular, pero también en la forma en que los argentinos comprendían, discutían y vivían la sexualidad”. En esa clave se propone examinar las relaciones entre libertad, sexo y la incipiente democracia, así como identificar el rol de distintos actores sociales que protagonizaron este proceso de transformación cultural. Milanesio apuesta, entonces, por destacar la complejidad y heterogeneidad del *destape*, con sus matices y contradicciones.

A lo largo de todo el texto, Milanesio busca dar respuesta a interrogantes como el de las modalidades y motivos de ruptura de la cultura sexual monolítica previa a la democratización, y cuáles fueron los alcances de esa ruptura, o si la proliferación de discursos sobre sexo y sexualidad supuso necesariamente una ampliación efectiva de la libertad sexual de todos los sujetos. Estos disparadores permitieron a la autora identificar las contradicciones y límites del *destape* en cuanto al cuestionamiento de los roles de género tradicionales, y el alcance de la redefinición del sexo y la sexualidad para grupos como los niños y adolescentes y las minorías sexuales. Asimismo, hay una pregunta que tácitamente está presente en todo el desarrollo del libro, y que aparece de forma explícita en el epílogo ¿Es posible pensar al *destape* como antecedente, parte de una genealogía e historia común, de la eclosión de las luchas por los derechos de las mujeres y disidencias sexuales y de género de finales de finales de la década pasada? De ser así ¿En qué medida?

Milanesio se propone, por un lado, dialogar con la historiografía de la transición, mayoritariamente enfocada en los aspectos político-institucionales, y postular nuevos horizontes temáticos para pensar esa etapa. En tanto participar del *destape* fue, para la autora, “una forma concreta de participar en la democratización”, considera que la creciente sexualización mediática y cultural es inescindible del ejercicio de una mayor libertad en todos los planos de la vida de los sujetos. Por otro lado, Milanesio debate con cierto sentido cristalizado en torno al *destape* como una revolución sexual, transversal a toda la sociedad argentina. Busca, en tanto primer estudio sistemático de este fenómeno sociocultural, contextualizarlo a la vez que destacar sus matices, así como las intervenciones de los diferentes actores, que le imprimieron una fuerte heterogeneidad.

Resulta más que interesante la variedad de fuentes a las que recurre la autora: revistas comerciales, programas de TV, radio, entrevistas orales, encuestas, publicaciones y archivos de distintas entidades y medios, libros de ficción y no ficción (por ejemplo, sobre sexología). De este modo se busca reconstruir un panorama lo suficientemente representativo de las distintas voces del *destape* y, a través de recursos como las cartas de lectores u oyentes, las encuestas y cuestionarios (en la

De este modo se busca reconstruir un panorama lo suficientemente representativo de las distintas voces del *destape* y, a través de recursos como las cartas de lectores u oyentes, las encuestas y cuestionarios (en la mayoría de los casos producidos espontáneamente por sus autores) reconocer “testimonios involuntarios” de cómo vivían, percibían y pensaban al calor de los hechos y, en definitiva, cómo intervenían.

El libro se estructura en cinco capítulos. En cada uno de ellos la autora desarrolla las dimensiones del *destape* que ha considerado más relevantes al encarar su investigación. En el primero analiza la sexualización de la cultura y de los medios como causa y efecto de la transición y la concomitante democratización, es decir, que además de ser un fenómeno comercial, reflejó (a la vez que estimuló) un reposicionamiento del sexo en la vida cotidiana de los argentinos.

En el segundo capítulo, Milanesio desarrolla las expresiones mediáticas del *destape*: muestra las ambigüedades de la proliferación de discursos e imágenes sobre sexo y sexualidad (siempre heterosexual) en TV, radio y – sobre todo – la prensa gráfica que puso el tema en boca de todos y aportó a redefinir, entre otras cosas, las representaciones de las mujeres, abordadas tanto como sujetos como objetos sexuales.

El tercer capítulo la autora se sumerge en otra de las expresiones del *destape*: la explosión de la sexología, cuya popularidad creció como instancia de consulta y acompañamiento frente a la creciente sexualización de la sociedad que, tras años de silencio y represión de la cuestión en el debate público, se prestaba a discutir y abordar sin tapujos. En la medida que la realización personal, el sexo, el goce y el placer (heterosexual) cobraron un lugar relevante en el marco (y como parte de) la democratización, la sexología ganó una legitimidad y una visibilidad inéditas.

En el cuarto capítulo, Milanesio expone el lugar que la planificación familiar y la educación sexual tuvieron en el *destape*, ambas propugnadas como forma de acceso a la realización personal, pero también al desarrollo económico y la consolidación de la democracia.

Del mismo modo aborda las resistencias de sectores de la sociedad acaudillados por la Iglesia Católica y la limitada aplicación de políticas públicas más allá de algunos avances concretos, y a pesar de la presión de los expertos y medios del *destape*.

El quinto (y último) capítulo del libro se concentra, tal como su nombre lo indica, en *el otro destape*, es decir de todos aquellos grupos que quedaron por fuera de la corriente principal del proceso, particularmente las agrupaciones feministas, de gays y de lesbianas.

La autora echa luz sobre el modo en el que estos activismos, desde los márgenes, hicieron su aporte al *destape* a pesar de la invisibilización mediática, médica y política, y las tensiones que surgieron con diferentes grupos. Milanesio sostiene que sus militancias buscaron expandir la noción de ciudadanía hacia el derecho *a ser*, así como universalizar los beneficios del *destape* a toda la población.

Este libro se encuadra en lo que la propia autora denomina como una *nueva historia de la sexualidad*, que inspira buena parte de las reflexiones del trabajo. Partiendo de una definición de cultura que hace fuerte foco en su carácter contingente y de continua construcción, cuestiona la noción misma de “revolución sexual” global, que se ha vinculado canónicamente a la década del '60, y propone periodizaciones más flexibles y atentas a los contextos locales. Por otro lado, en el uso que da a fuentes como encuestas, la autora evidencia una preocupación por las recepciones de los discursos y las demandas de parte de la sociedad, que de este modo podía llegar a influir en la orientación que tomara el *destape*: es claro que no se conciben a las relaciones entre productores y consumidores de manera unidireccional. Asimismo, se atiende a las dimensiones de clase, que impiden analizar el proceso de manera homogénea, sin matices: en este sentido, se habla de las tensiones en torno a feminismo, anticoncepción, educación sexual y aborto (pag. 188-189) y en el texto se destaca reiteradamente que el *destape* fue un fenómeno eminentemente de sectores medios urbanos.

El libro de Natalia Milanesio se erige, entonces, en un aporte significativo al estudio de la historia reciente. En primer lugar, porque pone en el tapete (y jerarquiza) un proceso del plano sociocultural pocas veces considerado seriamente en los estudios sobre la transición. En segundo lugar, porque aporta una variedad de fuentes muy significativa que permite tener un panorama bastante amplio del debate público de la época en torno al tema. Muchas de estas fuentes estaban ahí desde siempre, accesibles, esperando que alguien indagara en ellas a partir de preguntas que permitieran exprimir las en toda su potencialidad para reconstruir el fenómeno. En este sentido, los disparadores de Milanesio permiten articular una visión para nada simplista del *destape* en la medida que, sin negar su importancia como fenómeno, echa luz sobre sus efectos concretos a la hora de transformar de forma profunda a la sociedad argentina.

En la medida que rescata sus potencialidades, limitaciones y, sobre todo, contradicciones del *destape*, el libro contribuye a poner en cuestión nuestra propia percepción sobre la sociedad argentina de la posdictadura: una sociedad que no se abrió de par en par a las nuevas tendencias, sino que las acogió con recelos y limitando su alcance (por ejemplo, a las minorías sexuales); en definitiva, una sociedad en la que el tránsito desde el autoritarismo y la represión hacia una mayor libertad no fue lineal ni estuvo exento de marchas y contramarchas. Esta última reflexión se refuerza al leer el epílogo, enteramente dedicado a la preocupación por el presente de la cultura sexual y de las luchas por la ampliación de los derechos y libertades sexuales, y los diálogos de ese presente con un pasado no tan lejano, del que aún es posible encontrar reminiscencias.

CONTACTOS POR NUESTRAS REDES:

ceinladi_oficial 

ceinladi 

www.ceinladi.com 

ceinladi@gmail.com 

